

*LAS ELECCIONES FRANCESAS: ¿NUEVOS DERROTEROS
DE LA V REPUBLICA?*

Decir de Francia que es un país complejo se ha convertido en tópico. Sin embargo, el reconocimiento de esta verdad no evita la extrañeza causada por hechos que son lógicos desde un punto de vista francés, si bien considerados desde fuera tengan visos de imprevistos. Tal sucede con el resultado final de las elecciones de 5 y 12 de marzo, que pueden resumirse en dos palabras: desilusión y sorpresa. Desilusión y sorpresa, en este orden, por ser la desilusión de quienes daban por descontado el éxito rotundo de los candidatos «V República» mayor que la sorpresa provocada en el observador desapasionado por el nuevo incremento representativo conseguido por la «unión de las fuerzas de izquierda», comprensiva de la F. G. D. S. (Federación de la Izquierda Democrática y Social), capitaneada por François Mitterand y el partido comunista francés. Cierto es que en el plano de la lógica que cabe llamar superficial, por atenerse casi exclusivamente a las manifestaciones de lo que Charles Maurras llamó «el país legal», un triunfo rotundo de la mayoría gubernamental debió coronar los extraordinarios esfuerzos propagandísticos llevados a cabo por el Comité de Acción de la V República, bajo la dirección de su jefe y al mismo tiempo presidente del Consejo de Ministros, M. Pompidou. Hubo primero una movilización general de infatigables ministros y altas personalidades del régimen, la utilización al máximo de los medios que la técnica moderna de difusión puede poner al servicio de un poder que no tasa los gastos, si bien regatea el tiempo a la oposición y el auxilio de especialistas privados en métodos de condicionamiento mental. A última hora se dio el hecho sin precedente en la Historia de las sucesivas repúblicas francesas de que el propio jefe del Estado se tirara al ruedo electoral para solicitar los sufragios en favor del partido que hizo su campaña arropado en su prestigio y en esa especie de culto nacional

que se ha creado en torno al hombre que simboliza la Resistencia. Es decir, que no se dejó palillo por tocar con vistas a un incremento de la mayoría en el poder desde 1962¹. Tal vez fueran excesivos los medios puestos en juego, singularmente la intervención un tanto extemporánea del presidente de la República, que, renunciando a su sereno papel de árbitro en cuanto jefe del Estado, se declaró sin ambages el auténtico jefe de uno de los grupos políticos enzarzados en la lucha electoral. Un dicho francés afirma que «el exceso es nocivo en todo». Y éste era un exceso irritante para el congénito sentido de la mesura francesa, aparte de un acto anticonstitucional a todas luces, extremo al que Francia no deja de ser sensible por ser la preocupación legal una de las constantes de su Historia, junto con la preocupación de la libertad. Esa intervención, que está en la lógica del general De Gaulle, fue ampliamente aireada por la oposición durante la semana que medió entre las dos votaciones. Acaso no haya que menospreciar el efecto psicológico que causó a los electores una iniciativa que redondeaba la sombría imagen de un «poder personal» que los hechos políticos tantas veces han venido poniendo de manifiesto. Por ejemplo: la grave decisión adoptada por el general De Gaulle de que Francia se retirara de la O. T. A. N., aun permaneciendo en la Alianza Atlántica, no estuvo precedida de un debate parlamentario, no más que las diversas medidas adoptadas frente al Mercado Común, por no mencionar sino estos exponentes de una política que prescinde del Parlamento que, al menos en teoría, representa al pueblo francés. Aunque la máquina democrática francesa, como toda máquina, sufra averías, cruja y a veces se agarrote, el hecho es que tiene un rodaje tradicional. De consiguiente, por grandes que sean los deseos de estabilidad y sosiego en Francia, nunca serán tan grandes como para convencer a los franceses al extremo de renunciar a una participación en la gestión del país.

Por lo demás, pese al optimismo animoso con que el Gobierno Pompidou y el propio jefe del Estado consideran la situación económica y social de Francia, queda que los planes de desarrollo no han originado una expansión tal que asegure el pleno empleo ni abra claras perspectivas de futuro a una juventud necesitada de la creación de puestos de trabajo después de una pre

¹ En realidad, la llamada mayoría no lo era de considerar únicamente el número de diputados elegidos bajo la etiqueta U. N. R.-U. D. T. (gaullistas de derecha los primeros, de izquierda los segundos), pues sólo consiguieron en 1962 229 actas de las 242 de la mayoría auténtica en aquella Asamblea. La cifra de 284 diputados de la mayoría se alcanzó por agregarse a la formación gaullista prófugos de otras agrupaciones políticas y singularmente los 34 diputados del grupo independiente de Giscard d'Estaing.

paración que, a su vez, está en crisis, dados los fallos de la enseñanza. A la V República corresponde ciertamente un período de gran actividad, pero paulatinamente se ha venido registrando una desproporción entre la prosperidad económica sin cesar incrementada y un estado social de estancamiento cuando no de regresión. La prosperidad, singularmente la de determinados sectores, no se traduce en un bienestar semejante ampliado a todos los demás sectores del país, lo cual crea un ambiente propicio no sólo para el malestar, sino también para la reivindicación, que ha sido explotado por la oposición de izquierda e incluso centrista. Si a ello se agregan las limitaciones que en materia de inversiones gravitan sobre los sectores empresariales de la pequeña y mediana industria, castigados por las cargas sociales, se evidencia la dificultad de reajustar los salarios con el creciente coste de la vida y, por vía de consecuencia, aunar a una clara mayoría de electores en torno a los candidatos de la V República, que durante la campaña electoral pidieron sobre todo a los franceses un acto de fe en el futuro, destacando singularmente las ventajas derivadas de una estabilidad que permitiera al Gobierno establecer planes de desarrollo a largo plazo. Porque las realidades cotidianas antes que las vastas construcciones de la política internacional gaullista han sido tema preferente de todos los candidatos, si bien, como es de suponer, la izquierda arremetió contra la dispendiosa y poco pacífica fuerza de «frappe»², como siendo uno de los factores que más hipotecan la vida económica y social de Francia. A este respecto, la derrota en la segunda votación del ministro de Defensa Nacional, M. Messmer, cabe interpretarse no tanto como una derrota infligida a su persona, cuanto como un palmetazo a una política que, en definitiva, es la del general De Gaulle. Otro tanto puede decirse de la derrota del ministro de Asuntos Exteriores, M. Couve de Murville, simple ejecutor de la política exterior gaullista.

Aparte de las derrotas de varios ministros, estas elecciones han tenido la singular particularidad de producir un número impresionante de «ballottages», una inusitada escasez de abstenciones electorales y, el 5 de marzo, un porcentaje de votos a favor de la izquierda claramente superior a los votos en favor de los candidatos de la V República (43,51 por 100 y 37,75 por 100, respectivamente), a pesar de lo cual fue muy superior el número de diputados «V Re-

² El propósito inquebrantable del general De Gaulle de crear una «defensa nacional» tropieza también con el inconveniente de que en la época del proyectil dirigido, el avión supersónico y las armas nucleares no cabe una estrategia «nacional». La estrategia se sitúa a nivel continental. Vid. general Beaufre: *L'O. T. A. N. et l'Europe*, Calmann-Lévy, París, 1965.

pública» elegidos en la primera votación. Lógicamente los resultados de la segunda votación deberían haber confirmado los de la primera. Tal debieron deducir los poderes públicos, pues los servicios oficiales de radio y televisión calificaron de candidatos «favorecidos» para la segunda vuelta a todos aquellos que tenían más votos que los candidatos del partido comunista y de la F. G. D. S., por separado, cual si olvidaran que el 12 de marzo un solo candidato izquierdista por circunscripción habría de sumar sufragios anteriormente divididos. Uno de los rasgos que es preciso destacar de estas insólitas y apasionadas elecciones es las dudas abrigadas—y muchas veces expresadas—por los sectores oficiales en cuanto al respeto de los acuerdos suscritos por las fuerzas de izquierda con vistas a la segunda vuelta, cual si aquellas formaciones se hubieran estancado en anteriores tácticas electorales que, traducidas en los hechos, llevaron a tales formaciones a actuar un poco en orden disperso, llegando divididas a la Cámara y con unas posibilidades prácticas de intervenir en la vida del país sumamente reducidas, todo ello como consecuencia de su empeñarse en divergencias doctrinales³. La falta de unidad de acción de la izquierda, tanto o más que la fuerza arrolladora del gaullismo en sí, fue la que permitió el avance gaullista en 1962, avance logrado a costa de la derecha francesa —«la derecha más tonta del mundo», se ha dicho—, por haberse encandilado sus tradicionales electores ante el nacionalismo que el general De Gaulle representaba⁴. La realidad es que en 1962 el gaullismo no «mordió» en la izquierda y que ni siquiera la estabilizó⁵. Dio un paso hacia adelante. En 1967 ha dado otro, debido singularmente a una reconsideración de la táctica electoral. En el hecho de que el partido comunista francés se haya avenido a concesiones poco habituales en él, no ha dejado de influir la crisis del comunismo internacional, que origina una prudente y cautelosa tendencia a desligarse de la obediencia soviética (como sucede en el partido comunista italiano), para enfocar los problemas dentro del marco nacional, ya que no cabe decir con visión «nacionalista». Esta evolución interna del partido comunista francés ha per-

³ En 1962, socialistas y comunistas constituyeron un «frente unido», pero los desistimientos no se produjeron automáticamente en todos los casos, lo cual dividió las fuerzas «unidas» en provecho del candidato gaullista.

⁴ El M. R. P. perdió 20 escaños en las elecciones de noviembre de 1962; los republicanos independientes, ocho; los independientes (C. I. N.), 78; el centro republicano, dos; la extrema derecha, 12.

⁵ Los comunistas conquistaron 31 escaños más que en las anteriores elecciones; el P. S. U., dos; los socialistas (S. F. I. O.), 24; los radicales y centro izquierda, uno.

mitido esa firme alianza electoral con la Federación de la izquierda, obra de François Mitterand, que de modo inexplicable, o acaso por un exceso de optimismo que rara vez es realista, el Comité de Acción de la V República dudó que se llevara a la práctica a la hora de los desistimientos. La creencia—o la esperanza—de que fallara la disciplina de candidatos y electores de la izquierda permitió a los candidatos de la V República casi echar las campanas al vuelo cuando los resultados del 5 de marzo llevaron más de 60 diputados de esa filiación a la Cámara, frente a sólo ocho diputados comunistas y unos 30 «federados».

Ese optimismo influyó en los pronósticos de los ordenadores que estuvieron funcionando durante toda la semana del 5 al 12 de marzo. Si no hay tragedia que no tenga alguna faceta cómica, cuando no hay tragedia y sólo lucha electoral no puede por menos que darse circunstancias cómicas⁶. Estas han corrido singularmente a cargo de los ordenadores cuyos «resultados» electorales han sido puestos en solfa por los electores. En este caso no es tanto una victoria del hombre sobre la máquina cuanto una derrota de los técnicos por el electorado. Los ordenadores descomponen los problemas y facilitan resultados muy racionales, muy cartesianos, pero partiendo de datos suministrados por los diversos técnicos que, en definitiva, pueden hacerle decir al ordenador lo que creen o más bien desean. No más ceñidos a la realidad final han sido los resultados deducidos de los sondeos de la opinión, por cierto calcados de los que se llevan a cabo en los Estados Unidos. Tales sondeos se basan en que el interrogado contesta lo que piensa hacer y cumplirá indudablemente. No toma en cuenta factores consustanciales con la naturaleza humana—o la naturaleza francesa—, cuales la insinceridad y los cambios de opinión frente a una urna.

De ahí que las técnicas más depuradas y modernas no coincidieran con la realidad de las últimas elecciones francesas, sin mencionar los pronósticos de los periodistas. Tales elecciones reflejan de hecho un retroceso de la pleamar gaullista. Es mayor de lo que aparece a primera vista. En efecto, el partido gaullista no pierde 40 escaños, sino 84. Como ya hemos señalado, en la anterior legislatura el grupo U. N. R.-U. D. T. (actual V República) incluía en primer término los republicanos independientes de Giscard d'Estaing, que, a raíz de

⁶ El ministro M. Sanguinetti, derrotado por el candidato de la F. G. D. S., M. Estier, puso en duda el resultado. Se procedió a un nuevo recuento de los votos. Efectivamente, había un error: 10 votos, correspondientes a M. Estier, habían sido atribuidos a M. Sanguinetti.

las elecciones de 1962, pasó a ser ministro de Hacienda, así como diversos prófugos o supervivientes de diversas formaciones de derechas. El Gobierno del general De Gaulle pudo así apoyarse en una mayoría de 284 diputados. Las recientes elecciones han dado al grupo de Giscard d'Estaing 44 diputados (10 más que en 1962). Sumados éstos a los 187 diputados V República, más 12 diputados M. R. P. y seis diputados de tendencias diversas adheridos al Comité de Acción de la «V República», se llega a una mayoría por puntos de 244 diputados, entre éstos los 12 «V República» de los departamentos ultramarinos que no son reflejo de una opinión por ser tradicionalmente hechura del Gobierno. Esta cifra de 244 diputados V República, justo la mayoría, se ha dado oficialmente, y es como un bálsamo sobre la herida de la desilusión electoral. Desgraciadamente, al día siguiente de las elecciones, Giscard d'Estang (el gaullista, «sí, pero...») ha expresado el deseo del Comité directivo de su grupo de conservar su autonomía en la Cámara y constituir un grupo distinto del de la V República⁷. La decisión es conforme a la postura de gaullismo condicionado de Giscard d'Estaing, indudablemente, pero se opone al deseo expresado por el general De Gaulle de que sólo hubiera en la Cámara un grupo monolítico: el de la V República. De persistir Giscard d'Estaing en sus propósitos la «mayoría» se vería reducida a la escueta realidad de 200 diputados, de los cuales 22 son ministros, o sea, que han de optar entre el cargo ministerial y el escaño en la Cámara. Está claro que tal opción no habrá de poner a prueba a los ministros del Gobierno Pompidou. El general De Gaulle no puede privar su «mayoría» de 22 diputados reduciéndola a 178. Por tanto, un cambio de equipo es tan evidente que señalarlo es obvio, singularmente teniendo en cuenta que la izquierda comprende 116 diputados F. G. D. S. (25 más que en 1962), 73 comunistas (31 más que en 1962) y cinco P. S. U. de Mendès-France (tres más que en 1962), sin contar los elegidos «diversas izquierdas», es decir, una oposición sustancial. Ciertamente, tal oposición no constituye un bloque que tenga un programa común, pero dadas las conversaciones iniciadas inmediatamente después del 12 de marzo y las declaraciones del secretario general del partido comunista francés, Waldeck-Rochet, y el jefe de la F. G. D. S., François Mitterand, se ha tomado la decisión de principio de estudiar un programa

⁷ Existen grandes probabilidades de que M. Giscard d'Estaing entre a formar parte del próximo Gobierno, arrastrando algún que otro ministro de su grupo. «Somos la clave de la nueva mayoría—declaró a raíz de las elecciones—. En la antigua legislatura éramos útiles; ahora somos indispensables.»

mínimo de acción parlamentaria entre los dos grupos máximos de la izquierda. Sería un error de apreciación debido a un exceso de optimismo subestimar las posibilidades de éxito de semejante propósito, como lo fue dudar de la validez en la práctica de los acuerdos electorales. Un triunfo arrollador de la izquierda hubiera creado las condiciones precisas para que «federados» y comunistas pretendieran explotar el éxito cada cual en su provecho. El medio triunfo de las elecciones de 5 y 12 de marzo, sumado al medio triunfo de 1962, alienta a proseguir por el camino de la unidad de acción e incita a la búsqueda de puntos de coincidencia para llegar a un acuerdo que se impone como indispensable, aun a costa de no rozar los puntos de divergencia, que indudablemente existen, aunque sólo fuera con relación a la creación de Europa, de la que Mitterand se ha declarado partidario. Un acuerdo mínimo de acción parlamentaria es, por tanto, de prever en plazo no lejano entre las principales fuerzas de la izquierda.

En lo que respecta al grupo parlamentario V República, aun reducido a sus exactas dimensiones de 200 diputados⁸, su auténtica cohesión menguaría el problema que se le plantea al general De Gaulle. Mas no sucede tal. La media derrota origina siempre un clima de recelos y reproches y ya se ha producido en el grupo V República un malestar que ha trascendido. Ha sido singularmente declarado por los gaullistas de izquierda (U. D. T.) d'Astier de la Vigerie y René Capitant, quienes acusan respectivamente al presidente del Consejo M. Pompidou, representante de los grupos de presión y de la finanza, y a los consejeros del general De Gaulle del semi fracaso electoral, reclamando a gritos que se aplique con carácter de urgencia la llamada enmienda Vallón (diputado gaullista de izquierda derrotado por un comunista), que prevé una participación laboral en la gestión y los beneficios de las empresas. Estos crujidos en el seno de la «mayoría» no parecen ser de naturaleza a resolver los problemas que aun sin estrenar la nueva Cámara originan en forma aguda los conflictos laborales existentes a la hora de redactar esta nota y la huelga general con que amenazan los tres Sindicatos franceses unidos (C. G. T.-F. O.-C. F. D. T.) en apoyo de las reivindicaciones de los huelguistas de Saint-Nazaire y de Lyon, donde 30.000 obreros apoyados por los llamados «cuadros» han provocado un «lock-out» patronal, en tanto que los viticultores del Aude han dado lugar a graves desórdenes en Carcassonne (60 heridos).

⁸ Los resultados de las elecciones en Polinesia, cuya segunda vuelta se celebra el 19 de marzo, no son conocidos. En todo caso el candidato V República se ha retirado. Se enfrentan el candidato centro demócrata y un independiente apoyado por el Comité V República.

Todo ello sugiere que las últimas elecciones francesas constituyen el final de un capítulo de la historia del gaullismo. ¿Es el prelude de un nuevo Frente Popular? No descartamos esta eventualidad, aunque las razones que nos llevan a considerar tal eventualidad escapen a los límites de esta nota de comentario de las elecciones francesas. Digamos solamente que existe en Francia una vieja tradición izquierdista e incluso una mayoría de izquierdas que no refleja el número de diputados enviados a la Cámara, dado el sistema electoral en vigor. Porque los resultados del sufragio universal dependen más de un modo de escrutinio que del número absoluto de sufragios, lo cual lleva a añorar que las democracias diversamente calificadas dieran paso a una democracia matemática o lógica. Pero la lógica parece burlarse de sus más conspicuos adeptos, los franceses. En efecto, las fuerzas en presencia en la nueva Cámara convierten en fiel de la balanza al Centro Demócrata de M. Lecanuet, cuyo número de diputados no se puede dar con certeza, al menos de momento. La radio francesa señaló 30 diputados, comentando incluso que ese número permitía la creación de un grupo en la Cámara. El ministro del Interior, M. Frey, ha reducido la cifra a 27, mientras que M. Lecanuet reclama 41 diputados por estimar que algunos candidatos elegidos con la etiqueta «moderados» lo fueron con el apoyo del Centro Demócrata. Pero cualquiera que sea a la postre la importancia numérica de ese grupo está llamado a desempeñar en la Cámara francesa un papel de árbitro sin proporción con su importancia real, pues si bien cuesta trabajo admitir que el Centro Demócrata favorezca la acción de las fuerzas de izquierda, no se impone *a priori* que vuele en ayuda del grupo de la V República, al menos sin contrapartidas de alguna consideración. La equidistancia del Centro Demócrata entre el gaullismo y la izquierda lo convirtió en blanco de la ironía o de la saña de diestra y siniestra durante la campaña electoral, pero he aquí que en la Cámara, en razón de su división en dos grandes bloques, el Centro Demócrata goza de una posición que cabe calificar de privilegiada, incluso si el grupo de Giscard d'Estaing se mantuviera un poco reservado con la «mayoría». Esa posición es favorable no tanto acaso para el presente como para el futuro, cuando desarbolada la nave gaullista sus electores hayan de buscar otra nave para una singladura que no quiera ser de izquierda, pues no hay que olvidar que junto a la tradición izquierdista existe en Francia una tradición conservadora no menos arraigada que la anterior. Es uno de los aspectos más desconcertantes de esa complejidad de Francia a la que nos referimos anteriormente. Acaso surja entonces la oportunidad para el Centro

LAS ELECCIONES FRANCESAS: ¿NUEVOS DERROTEROS DE LA V REPÚBLICA?

Demócrata de incrementarse hasta constituir un gran partido, en particular si la desmelenada política exterior francesa se fuera ordenando con dirección a la creación de Europa sin saltarse sus prolegómenos para volcarse al Este, aunque el Este también sea Europa.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA

